

## Las afecciones de la Iglesia terrenal o Pese a la enseñanza de Jesucristo

¿Por qué el Islam cree que los cristianos son politeístas?  
o una vez más sobre la Santísima Trinidad

La concepción del cuerpo de la resurrección está vinculada también con la concepción de la Santísima Trinidad, el dogma principal de la Iglesia cristiana que para muchos es una piedra de tropiezo. Su mala interpretación origina diferentes confusiones que llevan ora a su negación – como lo hacían, por ejemplo, los mundialmente conocidos escritores Jorge Luis Borges o Leon N. Tolstoy -, ora a su consideración como la muestra del politeísmo de los cristianos. Así, particularmente, la entiende el Islam que acusa a los cristianos de politeístas por su creencia, como piensa, en tres divinidades diferentes, bajo las cuales, por cierto, además de Alá, entiende a Jesús y a su madre María. (Surá 5. La mesa servida [Al maeda] 116).<sup>1</sup> Y aunque la semejante acusación es, sin duda, injusta, tiene sus motivos comprensibles, relacionados antes de todo con el concepto confuso de la Santísima Trinidad, que adoptaron los cristianos mismos, o, mejor dicho, las Iglesias cristianas, en cuya consecuencia muchos de los cristianos, de verdad, creen, como los paganos. Para asegurarnos en eso sólo podemos preguntar a un sacerdote sobre la esencia de la Santísima Trinidad o considerar los razonamientos referidos a ella de los teólogos de todas las confesiones cristianas. Haciéndolo no obtendremos de ellos ninguna explicación más o menos clara y satisfactoria al respecto.<sup>2</sup> De revés, veremos que divagando en sus reflexiones acerca de la esencia de ese misterio principal del cristianismo, casi todos ellos finalmente convergen en las conclusiones hechas por el San Agustín. Este santo, según la leyenda, caminando una vez por la playa y pensando sobre el significado de la Santísima Trinidad, se encontró con un niño jugando ahí. El niño estaba tratando de meter todo el mar dentro de un hoyito que había hecho. Y cuando el San Agustín le dijo que lo es imposible conseguir, el niño le respondió: “eso que trato de hacer es más posible que lo que tú estás tratando de hacer, que es meter el Misterio de la Santísima Trinidad en tu cabeza.”<sup>3</sup> El santo padre consideró esas palabras del niño como la respuesta de Jesucristo Mismo. Ese episodio

1. El Corán. Trad. por Juan Vernet Barcelona 2004

2. Respecto a la doctrina católica véanse al menos “La teología trinitaria contemporánea: [http://www.mercaba.org/FICHAS/TRINIDAD/teologia\\_trinitaria\\_contemporanea.htm](http://www.mercaba.org/FICHAS/TRINIDAD/teologia_trinitaria_contemporanea.htm) y respecto a la mirada ortodoxa rusa, Свящ. Олег Давыденков. *Учение Православной церкви о Пресвятой Троице*: <http://www.pravmir.ru/uchenie-pravoslavnoj-cerkvi-o-presvyatoy-troice/> [La enseñanza de la Iglesia ortodoxa sobre la Santísima Trinidad por el sacerdote Oleg Davidenkov] o el artículo correspondiente en La enciclopedia Collier o Collier's Encyclopedia

3. Véase la leyenda en la Pág. web [http://www.buenanueva.net/teolog\\_joven/teolprep/9\\_ssmatrinidadprep.htm](http://www.buenanueva.net/teolog_joven/teolprep/9_ssmatrinidadprep.htm)

legendario de la vida del San Agustín se convirtió en un refugio intelectual para los teólogos, aunque dejó la doctrina cristiana algo como colgada en el aire, sin una base bien aclarada. En resumidas cuentas, los cristianos sabiendo que la Santísima Trinidad representa a Dios Único, pero sin entender bien la relación recíproca entre sus tres Personas, adoran a cada una de ellas separadamente y también a la Santa madre de Dios, como si todas ellas, efectivamente, fueran unas divinidades diferentes.

Entonces, si los cristianos mismos tienen un concepto, digamos, no muy claro de la Santísima Trinidad, ¿qué se puede esperar de los representantes de otras religiones?

Como ya he notado varias veces en mis obras anteriores, esa confusión se debe principalmente a la consideración histórico-literal de los textos completamente alegóricos de la Sagrada Escritura, tanto más que la misma se define como sagrada precisamente porque a menudo habla no de las realidades de este mundo, sino de las de un mundo diferente, cuyas sustantividades pueden ser accesibles para el hombre terrenal sólo a través de las alegorías. La unidad de la Santísima Trinidad es, realmente, incomprensible, si a sus tres personas considerar literalmente. La semejante consideración origina confusiones que, además, se confirman a través de las imágenes de la Santísima Trinidad habituales en la Iglesia y entre ellas el mundialmente conocido ícono de Andrei Rublev que representa a la Santísima Trinidad en forma de tres ángeles. Y aunque esa representación tiene una justificación espiritual, en las mentes ignorantes y orientadas a la carne sólo refuerza la imagen confusa. Justamente por eso el Señor se opone tanto a todo tipo de imágenes de lo que hay arriba en los cielos, de lo que hay abajo en la tierra y de lo que hay en las aguas debajo de la tierra (Ex 20: 4), pues ellas originan en la conciencia de los hombres conceptos erróneos que después se convierten en parcialidades e impiden la comprensión del verdadero sentido de la comunicación bíblica.

Mientras tanto usando la mente de Jesucristo, como lo hicieron los apóstoles que habían dicho: “nosotros tenemos la mente de Cristo.” (1 Cor 2: 16), y como nos permite hacerlo el texto de la Sagrada Escritura, podemos ver que en su esencia la Santísima Trinidad no sólo se refiere a la *composición* de Dios, sino también a la del Hombre verdadero o perfecto. Es, sin duda, un misterio, y sin embargo la Palabra de Dios nos permite acercarse a su comprensión en la medida posible para el hombre terrenal. El texto nos propone muchas alegorías que explican la esencia de sus tres vitalmente importantes elementos, o Personas. Pero antes de presentar esas alegorías, consideremos la relación recíproca entre *el pensamiento*, *la palabra* y *la conciencia* del hombre, por los que, de hecho, el hombre se define como tal. Además, su relación recíproca nos ayudará a entender la analógica relación recíproca entre las tres Personas de la Santísima Trinidad, es decir, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Y bien, prestemos atención al hecho que *el pensamiento* (la idea) es primario en cuanto a *la palabra* que lo revela. Y su revelación exacta en la palabra depende completamente de la presencia de *la conciencia* en el hombre, la que es ninguna otra cosa que el amor a la verdad y a la justicia. Así que se puede decir que la palabra es el fruto de *la unión* en ella del pensamiento y de la conciencia. Si el hombre es franco, entonces habla como piensa, es decir, entre su pensamiento y su palabra no hay ninguna contradicción, sino una armonía y su palabra es constructiva. La conciencia de tal hombre es pura y él mismo es claro y abierto, es decir, se encuentra en la luz. Pero si el hombre es falso, sus pensamientos y sus palabras se contradicen, es decir, entre ellos no existe armonía, y su palabra es destructiva. Tal hombre o no tiene conciencia, o, si la tiene, está aplastada, y él es impenetrable y oculto, es decir, se encuentra en la oscuridad.

Entonces, *el pensamiento, la palabra y la conciencia* son cosas completamente diferentes y al mismo tiempo tan inseparablemente unidas entre ellas mismas que llegan a definir un ente, pues el pensamiento sin la palabra no se revela y la veracidad de la revelación del pensamiento en la palabra depende de la presencia de la conciencia en el hombre. De ahí sigue que en la dicha relación recíproca la determinante es la conciencia, porque la transmisión veraz del pensamiento por la palabra depende precisamente de su presencia.

Ahora comparemos el *pensamiento, la palabra y la conciencia* con las tres Personas de la Santísima Trinidad.

**Su primera Persona, el Padre**, que es el origen de todas las cosas, conocido también como la Inteligencia Suprema a la que pertenece la Idea, o la Ley, de la Vida, naturalmente, corresponde al *pensamiento*. **La segunda Persona, el Hijo**, también naturalmente, corresponde a la *palabra* engendrada por el pensamiento (es decir, por la Inteligencia) y la que revela o realiza ese pensamiento. **Y la tercera Persona, el Espíritu Santo**, igualmente corresponde a la *conciencia* que no permite ninguna alteración del pensamiento en la palabra, es decir, no permite ningún engaño en la transmisión del pensamiento por la palabra.

Y ahora veremos, cuales son las alegorías que usa la Sagrada Escritura para definir a cada una de esas tres Personas de la Santísima Trinidad.

Comencemos con **la Primera Persona, o con el Padre**. El Pensamiento, o la **Inteligencia Suprema** a la que Él representa y de la que antaño preguntaba Job: “Mas la Sabiduría, ¿de dónde viene? ¿Cuál es la sede de la Inteligencia?” (Job 28: 20), en la Sagrada Escritura antes de todo se manifiesta como **Luz**. “*Dios es Luz*, en él no hay tiniebla alguna”(1 Jn 1: 5), dice de Él el apóstol Juan y el apóstol Pablo añade que es “el único que posee Inmortalidad, que habita en *una luz inaccesible*, a quien no ha visto ningún ser humano ni le puede ver.”(1 Tim 6: 16)

De ahí sigue que la inmortalidad, la luz y la inteligencia son conceptos idénticos. A su vez el apóstol Santiago lo define a Dios-Padre como “el Padre de las luces” diciendo: “toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del *Padre de las luces*, en quien no hay cambio ni sombra de rotación. Nos engendró por su propia voluntad, con Palabra de verdad, para que fuésemos como las primicias de sus criaturas.” (St 1: 17-18)

Así que el Padre no es sólo Luz, sino también es Aquel que la engendra. Al mismo tiempo sabemos que la luz equivale al saber. Entonces, se puede decir que *el Padre de las luces* es también el Padre de todo **Saber verdadero**, o simplemente es el Padre de la **Verdad** que no tiene cambio y se refiere a la Ley de la Vida que yace en la base de las criaturas Divinas.

**La segunda Persona, o el Hijo** que es la imagen *visible* y la semejanza del Padre *invisible*, es decir, de la Inteligencia Suprema, como ya fue dicho, corresponde a la palabra que expresa el pensamiento, o lo contiene. Por eso el apóstol Juan dice:

“En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe.” (Jn 1: 1-3)

Significa que el Hijo, o **la Palabra**, que es la revelación del Padre, o de la Inteligencia, es asimismo la herramienta de la creación – “Todo se hizo por ella”. Así que se puede decir, que el Hijo lleva en Sí Mismo la inteligencia del Padre, del cual emana. Él Mismo lo atestigua diciendo: “yo estoy en el Padre y el Padre está en mí.” (Jn 14: 11)

Y porque el pensamiento se define por la palabra que lo contiene, podemos decir que la palabra es **la forma** del pensamiento, o del Padre. Así, el Padre y el Hijo son uno, como uno es el pensamiento y la palabra que lo revela. Esa revelación en la Biblia se

llama también reflexión del Padre en el Hijo, como en *el agua* que también simboliza al Hijo. Si es pura y transparente, tiene propiedad de reflejar, es decir, representa algo como un espejo natural que refleja la imagen exacta del Padre en el Hijo. Justamente por eso Jesús dice: “Yo y el Padre somos uno.” (Jn 10: 30)

En otro lugar Él repite la misma idea de este modo: “Yo, la luz, he venido al mundo para que todo el que crea en mí no siga en las tinieblas.” (Jn 12: 46)

Sabiendo que la luz simboliza al Padre, no podemos no aceptar que la misma simboliza también al Hijo, porque el Padre, o la Inteligencia Suprema, se revela precisamente a través del Hijo, o de la Palabra. En cuanto a esa revelación, la misma es el conocimiento del Padre. Y el conocimiento del Padre, como ya fue dicho, es el conocimiento de la Ley de la Vida creada por Él. Así que podemos concluir que lo que se revela a través de la Palabra, o del Hijo, es la Vida. Y si la Vida se revela por la Palabra, o por el Hijo, significa que sin Palabra no hay Vida. Precisamente por eso Jesús definió la palabra como *el Pan de la Vida* diciendo a la vez que a la Vida viene sólo aquel, quién se alimenta con este Pan al que comparó también con su *cuero* diciendo:

“Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo.” (Jn 6: 51)

Pero el número de las alegorías que definen al Hijo (Palabra) no se limita aquí. Puesto que la Palabra contiene en sí misma un pensamiento, o una idea, la Sagrada Escritura a menudo la compara con el *Recipiente*, a saber, con el Recipiente de Dios que de otra manera se llama *Adán, o alma* creada a imagen y semejanza de Dios. Se puede decir, que Adán representa aquella forma que refleja a Dios, o aquel recipiente en que se revela Dios. Nadie sabe, cómo era Adán inicial, porque después de su caída ya empezó a engendrar él mismo y, naturalmente, no según la imagen y semejanza de Dios, sino según su propia imagen y semejanza, es decir, según la imagen y semejanza del hombre caído. He ahí como lo atestigua la Sagrada Escritura.

“El día en que Dios creó a Adán,” leemos en la Génesis, “**le hizo a imagen de Dios. Los creó varón y hembra**, los bendijo, y los llamó «Hombre» en el día de su creación. Tenía **Adán** 130 años cuando **engendró un hijo a su semejanza, según su imagen**, a quien puso por nombre Set.” (Gen 5: 1-3)

Por eso Sirácida (Eclesiastés) destaca que Adán es la creatura superior entre todos los hombres. “Sem y Set”, dice, “fueron gloriosos entre los hombres, mas por encima de toda criatura viviente está Adán.” (Si 49: 16)

Y diciendo así, se refiere precisamente a aquella forma inicial, o aquella Palabra inicial, o aquella alma inicial que debe ser restaurada. Esa alma, o esa Palabra, o ese Recipiente inicial en la Sagrada Escritura tiene aun más definiciones, tales como *La Casa de Dios, el Templo de Dios, la Ciudad de Dios Jerusalén o la Iglesia*, pues todas estas nociones se reducen a la una, a saber, al *Recipiente* que contiene a Dios, o a la Inteligencia Suprema. En el siguiente fragmento del Apocalipsis según Juan se dice justamente de la restauración de esa Palabra, de ese Recipiente, de esa Casa, de ese Templo, o de esa Ciudad:

“Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: «Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él Dios - con - ellos, será su Dios.” (Ap 21: 2-3)

Aquí, como vemos, ese Recipiente de Dios se denomina como *Jerusalén*. Y no sólo así. El mismo se denomina también como *novia* de Dios, ya que el concepto de la “novia” supone la pureza virgen de ese Recipiente, de esa Palabra, etc. Y aunque en el Antiguo Testamento encontramos la comparación del Hijo de Dios también con la

*Mujer*, o *Esposa* de Dios, - ya que el profeta Isaías dice directamente al Hijo: “tu esposo es tu Hacedor, Yahveh Sebaot es su nombre” (Is 54: 5),- tanto la mujer como la esposa en este sentido son también se refieren a la virginidad, pues la creación de Dios se realiza sólo en la pureza incorrupta. Pero tal comparación está condicionada, como ya fue dicho, con el hecho de que el Hijo, o la Palabra, es un medio de la revelación de las innumerables propiedades de Dios, es decir, representa al “ayudante” de la Inteligencia Suprema, por el cual Ella realiza sus creaciones. Así que en este sentido, como podemos ver, el Hijo corresponde a la Novia, a la Mujer o a la Esposa de Dios.

Pero como el pensamiento no puede reflejarse en la palabra sin alteraciones cuando la conciencia es ausente, así también el Padre no puede reflejarse perfectamente en el Hijo sin **la tercera Persona de la Santísima Trinidad – el Espíritu Santo**, pues justamente es el Espíritu Santo quién es responsable por la pureza y transparencia de esa reflexión. Es por eso que Dios-Padre que se llama también “Dios de los espíritus de toda carne” (Num 16: 22; Hb 12: 9), entre todos los espíritus amó sólo al Espíritu Santo que garantiza la autenticidad de sus frutos, la ausencia en ellos de cualquier engaño y su ser la copia exacta o la purísima imagen del Padre. Y ese amor del Padre es reciproco, porque en el caso contrario su imagen sería alterada. Así que el que no tiene al Espíritu Santo, o la conciencia, no puede llamarse hijo de Dios. Por ser intermediario en la reflexión perfecta del Padre en el Hijo, o en el Recipiente, el Espíritu Santo se asemeja también a un purísimo *espejo*, de hecho, asegurando así la Vida eterna. Por eso se puede decir que aquel, quién asegura tal reflexión, en esencia es él que vivifica. De ahí la otra definición del Espíritu Santo en la Sagrada Escritura es la *Vida*, ya que es el Único quién es responsable por ella. En relación con eso Jesús dice:

“Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro.” (Mt 12: 31-32)

Así, la creación que es la revelación de la Vida en Dios, completamente depende del Espíritu Santo, por lo que, refiriéndose a Jesús como a la Palabra el apóstol Juan dice: “En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.” (Jn 1: 4-5), lo que significa que en Jesús, o en la Palabra, vivía el Espíritu Santo y por eso Él, o Ella, era la verdadera, incorrupta y eterna imagen y semejanza de la Inteligencia Suprema. Por la misma razón el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura se llama también *el Espíritu de la Verdad*, o de *la Justicia*. Y ya que la reflexión perfecta del Padre en el Hijo es la consecuencia del amor a ambos, el Espíritu Santo se llama también *el Espíritu del Amor*.

Así, toda creación de Dios, o toda Palabra de Dios es un fruto del amor recíproco entre el Padre y el Espíritu Santo, o entre la Inteligencia Suprema y la verdad. Su unión se realiza en la Palabra Misma, o en el Hijo, a Quién el apóstol Felipe en relación con esto lo llama también *la Cámara Nupcial*. “Los misterios de este Matrimonio”, como él escribe, “se ejecutan en la Luz del Día! (con la particularidad de que)<sup>4</sup> ¡Esta Luz del Día nunca cesará (para Ellos)!” (Ev según Felipe 126).<sup>5</sup>

Esa última indicación muestra que aquí no se habla de la luz que se cambia por la noche, es decir, no de la luz temporal, sino de la luz que es el Padre Celestial. El mismo apóstol define el matrimonio terrenal, o exterior, como “la forma profanada” (Ev.sg.Felipe 60) de este matrimonio puro, o Divino. Explicándolo él dice:

---

4. Lo añadido entre paréntesis se ha añadido por la autora de ese libro, para que la luz de Dios no se confunda con la luz terrenal.

5. Evangelio según Felipe (apócrifo): [http://es.teachings-of-jesus-christ.org/evangelio\\_de\\_filipe.shtml](http://es.teachings-of-jesus-christ.org/evangelio_de_filipe.shtml)

“La Cámara Nupcial no es para los animales, ni para los hombres-esclavos (de las pasiones), ni para las mujeres disolutas. Pero ella es para los hombres que lograron la Libertad y para las mujeres puras.” (Ev según Felipe 73)

Bajo el “matrimonio” de animales aquí se entiende la unión sexual de los esclavos de la carne. “Los hombres que lograron la Libertad” simbolizan a los hijos de Dios que se liberaron del poder de la carne y sangre, o, según el mismo apóstol, a los hijos de la “Cámara Nupcial”. En otros términos, ellos representan la Palabra de Dios, o el Alma de Dios, o el Recipiente de Dios, mientras que las “mujeres puras” se refieren al Espíritu Santo. En una palabra, el alma refleja al Padre gracias al Espíritu Santo que reside en ella. Así es el matrimonio celestial que yace tanto en los cimientos de la Vida eterna como en la base de la Santísima Trinidad. Teniendo en cuenta justamente esa unidad el salmista dice:

“Mas yo, en la justicia, contemplaré tu rostro, al despertar me hartaré de tu imagen.”  
(Sal 17: 15)

“Contemplar en la justicia” significa contemplar en el Espíritu de la Verdad, de la Justicia y del Amor, es decir, ser honesto respecto al pensamiento, o a la Inteligencia Suprema (a la que contempla). “Despertarse” significa despertarse del sueño de la vida mortal pasando por la muerte. “Hartarse de la imagen” del Padre significa ahondarse en la Inteligencia Divina y reflejarla, es decir, hacerse la imagen y semejanza de esa Inteligencia.

Entonces, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo juntos representan a los tres entes que constituyen al hombre perfecto, quien es la imagen y semejanza de Dios, o Dios que se revela en el hombre. Por eso los apóstoles comparan la unión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo también con la unión de *la cabeza, del cuerpo y de la sangre* del hombre. La cabeza simboliza el pensamiento dirigente, o a la Inteligencia Suprema, y el cuerpo, al Hijo, o a la Esposa, pues el cuerpo se ha dado a la cabeza en calidad del ayudante para la realización de sus ideas. Y las ideas se realizan por la Palabra engendrada por la Inteligencia Superior que se encierra en esa Palabra, es decir, por la Palabra que refleja la Inteligencia Suprema en la verdad. En cuanto a la sangre que fluye en ambos y de cuya pureza depende la salud del hombre, se compara con el Espíritu Santo. En esa correspondencia se manifiesta la sabiduría de Dios, de la que en el Antiguo Testamento se dice que “es un reflejo de la luz eterna, un *espejo sin mancha* de la actividad de Dios, una *imagen* de su bondad.” (Sb 7: 26) Diciendo de otra manera, es el Hijo pleno del Padre gracias a la presencia del Espíritu Santo, o es la Misma Santísima Trinidad. A ella se refiere también el siguiente episodio del Apocalipsis según Juan:

“El Espíritu y la Novia dicen: «¡Ven!» Y el que oiga, diga: «¡Ven!» Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis **agua de vida.**” (Ap 22: 17)

*El Espíritu y la Novia* simbolizan al Hijo que está pleno del Espíritu Santo. Juntos ellos representan la imagen del Padre quién es *el agua viva*, es decir, la fuente de la Vida. Precisamente por eso Jesús dice:

“«En verdad, en verdad te digo: **el que no nazca de lo alto** no puede ver el Reino de Dios.»... **el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios.** Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu.” (Jn 3: 3, 5-6)

Diciendo así Jesús nos hace entender que no debemos confundir la carne con el recipiente de Dios nacido “de agua y del espíritu”, es decir, del Padre y del Espíritu Santo, como fue nacido Él Mismo. Con relación a esto debo notar que el nombre de su madre María que hasta hoy no tiene una explicación etimológica satisfactoria, según la ley de la narración bíblica, debe significar precisamente *agua*, porque ella, a juzgar por esas palabras citadas del Señor, simboliza el agua purísima llena del Espíritu Santo. Y el

Hijo nacido de ella es la imagen y semejanza de Dios-Padre. Como el apóstol Juan dice de Jesús,

“Este es el Dios verdadero y la Vida eterna.” (1 Jn 5: 20) Y a la vez Él es el Hombre Perfecto.

Pero cuando el pensamiento (el Padre) se altera en la palabra (en el Hijo), eso es la consecuencia de la ausencia en el hombre de la *conciencia*, o del Espíritu Santo. Su lugar entonces ocupa el espíritu impuro que se convierte en un *muro* (Ef 2: 14) entre el Padre e Hijo, porque ensuciando el “agua” impide al Hijo ver al Padre. Entonces el Hijo (la Palabra) ya no refleja al Padre (el pensamiento). Ese fenómeno en la Biblia se llama *caída* del hombre. En cuanto al muro, este figura también como *cortina* del Templo, que separa “el Santo - del Santo de los Santos”, o diciendo de otra manera, representa a *Can*, el tercer hijo de Noé.

En mi artículo “Enigma de los hijos de Noé”<sup>6</sup> he mostrado que en el lenguaje alegórico de la Biblia el Dios-Hombre o el Hombre-Dios se presenta por Sem (el Santo), lleno de Jafet (el Santo de los Santos), o en otros términos, se presenta por la Palabra, o por el Alma llena del Espíritu Santo de la Verdad.

Pero el hombre terrenal se difiere de su imagen primordial por la presencia del mencionado *muro* que impide a Jafet (al Espíritu Santo) instalarse en Sem (en el Alma, en la Palabra, en el Hijo, en la Novia, etc.). La existencia de este muro está condicionado, como ya he dicho, por la presencia de Can, el espíritu impuro que usurpó la forma predestinada para el Espíritu Santo, o para Jafet. Ese espíritu impuro se estableció en las “túnicas de piel” del hombre puestas sobre él después de su caída, es decir, se estableció en su carne mortal. Por su causa Sem se resultó esclavo de Can. Cuando la Biblia exige la exterminación total de los camitas o cananeos hasta su último representante, no se refiere a ningún pueblo carnal, sino a todo espíritu impuro que se instaló en Sem (o en la Palabra, en el Alma, en la Forma, en el Hijo, en la Esposa o en la Novia, etc.) a quién hay que liberar de Can, para que Jafet pueda sin ningún impedimento instalarse en el recipiente preparado para Él, es decir, en Sem, según la profecía: “¡Haga Dios dilatado a **Jafet; habite en las tiendas de Sem.**” (Gen 9: 27)

Y esa instalación se llama *matrimonio celestial*, cuyo fruto es la revelación de Dios verdadero y del Hombre verdadero. En esto consiste la esencia de la Santísima Trinidad, Dios-Hombre, mientras que la vida del hombre terrenal es la lucha por su revelación en él. En esta lucha participan la inteligencia, el alma, el espíritu y la carne mortal del hombre, los que están en un conflicto continuo que puede arreglarse sólo después de la total exterminación de Can, o del espíritu impuro en él. En el caso contrario el hombre pierde su alma y se hace un pedazo de una materia sensual que se autodestruye sin tener nunca paz, como no la tiene el “yugo mal sujeto” del buey (Si 26: 7) o el gorgoteo eterno de los géiseres.

Valga la figura, el alma del hombre es un recipiente lleno de pensamientos. Y juzgando por su contenido que depende de la presencia o de la ausencia en él de la conciencia (o del Espíritu Santo), se puede decir, que unas personas llevan en sí el paraíso mientras que las otras, el infierno. Y cada una de ellas después de que se termine su vida terrenal - cuando estará separado todo lo que existe en la forma mezclada en la tierra - encontrará el lugar que le corresponde. Como dice el Salvador, “a quien tiene se le dará y le sobrá; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará.” (Mt 13: 12)

Y aquí se habla de la presencia en el hombre de la conciencia, o del Espíritu Santo, es

---

6. Véanse en mis libros “El misterio de la Santísima Trinidad” o “Loa seis días de la Creación y el día séptimo”.

decir, de hecho, del conocimiento al Padre. Por eso cuando Noe dice de la dilatación de Jafet, se refiere a su *multiplicación* en el hombre, para que lo que fue parcial en él llegue a ser perfecto y sea él, por fin, la imagen y semejanza de Dios, es decir, la imagen y semejanza de la Inteligencia Suprema, pues, como dice el apóstol, “parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía. Cuando vendrá lo perfecto, desaparecerá lo parcial” (1 Cor 13: 9-10) y será entonces “Dios todo en todo” (1 Cor 15: 28).

*Al índice*